

espectativas de la humanidad. El mal pasa el
 crimen es castigado. En el fondo de toda época
 siempre queda algún bien que mueve el ánimo
 y le da alas para volar al cielo y renadirse de
 nuevos en el día de la libertad y de la jus-
 ticia. Al mismo tiempo que se ve el mal que
 rodea al género humano, se ve también el bien
 que le rodea. El mal que se ve en el mundo
 es el resultado de la libertad y de la justicia
 que se ve en el mundo es el resultado de la
 libertad y de la justicia. El mal que se ve en
 el mundo es el resultado de la libertad y de la
 justicia que se ve en el mundo es el resultado
 de la libertad y de la justicia. El mal que se
 ve en el mundo es el resultado de la libertad
 y de la justicia que se ve en el mundo es el
 resultado de la libertad y de la justicia.

so páisimo que nos lava de las manchas de la
 tierra, nos hace presentir la eternidad de nuestra
 vida y salvar la grandeza de nuestro Dios.

El Cristianismo no es una nueva filosofía, que
 viene a sustituir a las antiguas sis-
 temas; no es una nueva organización política, que
 viene a remanchar las cadenas del hombre; no es

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL CRISTIANISMO.

La renovación de toda la vida humana por la pre-
 sencia de Dios en el mundo y en el espíritu. Sus
 dogmas eran por medio de maravillosas atracciones
 los hombres entre sí, y a Dios con los hombres;

La creencia santísima, que es nuestro guía en
 vida, nuestra esperanza allende la muerte, nues-
 tro consuelo siempre; la que inspiró á Calderon
 sus dramas, y sus místicas vírgenes á Murillo;
 verdadera y profunda en sus dogmas, es grande
 y maravillosa en su historia. Nada hay más her-
 moso que levantar el pensamiento, hoy turbado,
 á esa purísima celeste region donde la luz es eter-
 na; el alma se espacia como si renovara su esen-
 cia, la sangre del corazón se purifica, y la espe-
 ranza, levantándose del fondo de nuestro sér como
 un ángel, nos muestra el cielo, derrama el olo-

so bálsamo que nos lava de las manchas de la tierra, nos hace sentir la eternidad de nuestra vida y adivinar la grandeza de nuestro Dios.

El Cristianismo no es una nueva filosofía, que viene á aumentar el catálogo de los antiguos sistemas; no es una nueva organización política, que viene á remachar las cadenas del hombre, no; es la renovación de toda la vida humana por la presencia de Dios en el mundo y en el espíritu. Sus dogmas unen por medio de maravillosa atracción los hombres entre sí, y á Dios con los hombres; mística armonía animada por el amor. El Cristianismo borra el nombre de bárbaro, rompe las diversas categorías nacionales, no descubre sus tesoros á solo un pueblo privilegiado, sino á toda la tierra, y pronuncia la palabra humanidad, tal como no la habían escuchado las gentes, palabra que condenaba todas las esclavitudes y contenía todos los derechos. Y sobre la humanidad, una en su esencia, levanta un Dios también único, no tirano á manera de los dioses indios, sino padre como los patriarcas bíblicos, presente siempre en el mundo por la Providencia, en el espíritu por

la revelación; fuente misteriosa en que beben su vida desde el sol hasta la luciérnaga, desde el hombre hasta el pólipo, desde el águila hasta la mariposa; centro inmutable de todos los pensamientos, de todas las voluntades, creador y vivificador de nuestras almas.

Y une Dios al hombre por el amor, y el hombre á Dios por la esperanza en la vida eterna. Este dogma de la eternidad de nuestro ser comprendía todas las excelencias de la religión cristiana. Por él se despierta nueva vida en nuestra limitada vida, nuevo ser en nuestro mezquino ser. La virtud es como blanca paloma, nuestra mensajera en el cielo. El dolor, la duda, se tornan ligeras nieblas que no pueden resistir los rayos de la fé, y que se desvanecen y evaporan, dejando en nuestra alma una dulce lágrima. El hombre ve en el mundo una tienda de campaña, levanta un instante para albergarle un día. Y todas sus acciones y todas sus ideas, toman el sello divino de la inmortalidad. Trabaja por los que le han de suceder, se consagra á su bien, porque sabe que ha de vivir siempre entre ellos su espi-

ritu. Este dogma de la inmortalidad del alma ha sido como una segunda creacion de la humanidad.

La libertad humana es otra de las piedras fundamentales de la religion. Sin ella no se concibe la eternidad de la vida del alma. El Cristianismo enseñó que el hombre es el rey de la naturaleza. Lleva en su voluntad los gérmenes de sus acciones, y en su conciencia la idea de lo justo, de lo injusto, que viene á sancionar con la satisfaccion interior ó con el remordimiento, sus propias obras. Este ángel caido, mensajero de la naturaleza para Dios, mensajero de Dios para la naturaleza, colocado entre lo finito y lo infinito, como entre dos polos, reuniendo en su contradictorio sér el eterno espíritu y la deleznable materia; lazo de union entre la tierra y el cielo, habitante del mundo de la eterna luz por sus ideas, por su fantasía, y esclavo de esta estrecha cárcel por su cuerpo; antitético, inarmónico, y sin embargo, destinado á comprender y explicar las armonías de los mundos, y á realizar la armonía del espíritu con la naturaleza; este ángel caido, que se llama hombre, se distingue de la inmensa série de séres ar-

rojados á sus plantas, por la libertad, que le hace responsable de su conducta moral y dueño de sus acciones; con las cuales se fabrica ó su castigo ó la corona de estrellas que ha de ser su eterno premio en el cielo. El hombre es libre, pero Dios no le abandona nunca. La gracia le auxilia en la gran lucha que tiene empeñada contra el mal. Mas esta lucha no se comprende sin la libertad que ha venido á sellar con su sangre Jesucristo. Asi la causa de la libertad humana, como hemos dicho en una ocasion solemne, cuenta entre sus mártires á Dios.

Doctrina tan hermosa debia aterrar al mundo antiguo, poseido de grandes dudas y trabajos por inauditos dolores. ¡Qué espectáculo presentaba en su agonía! El despotismo en el trono del mundo; los hombres hechos siervos; la tierra convertida en escabel de la tiranía; la duda aletargando todas las conciencias, corrompiendo todos los corazones; los sistemas filosóficos protestando contra los antiguos dioses; los altares amasados con sangre de los nuevos sectarios; la poesía anhelante de inspiracion más nueva, consumiéndose en la

impotencia; el terror de la muerte pintado en todas las instituciones; el mundo antiguo, en fin, descomponiéndose, buscaba el placer, y el oro, y el vicio, como flores para ocultar su horrible podredumbre. Habíase cumplido su gran destino, y el mundo antiguo se moría en el lecho de sus placeres. Una noche paseaba Neron por sus inmensos jardines celebrando una gran fiesta, precursora de infinitas maldades. Sus sedosos cabellos exhalaban el fino olor de los aromas de la Arabia, blanca lana envolvía su cuerpo, y un manto de riquísima púrpura de Tiro caía de sus hombros; pisaba flores, y miraba extasiado las esferas, como si quisiera aprender en sus concertados movimientos nuevos cánticos. Varios patricios le rodeaban. Iluminaba aquellos jardines y aquel hombre, otros hombres, cubiertos de resina y pez, que ardían como hachones en aquel terrible espectáculo. Estos hombres de una manera tan horrorosa martirizados, no turbaban la alegría del emperador, ni con una queja, y se consumían silenciosos entre las llamas. Tácito nos ha guardado el nombre de estas víctimas. Se llamaban cristianos. El gran

anatómico de la muerte, no se indigna de aquella crueldad. Cree que debían ser esterminados para salud del mundo, pero no para recreo y divertimento del emperador. Mas ¿qué hombre sobrenatural había puesto tanta fé en aquellas almas? ¿Quién había levantado del polvo de las muchedumbres tantos Sócrates, tantos héroes, tantos mártires? También lo dice Tácito. Se llamaba Cristo.

En efecto, este hombre, desconocido del mundo antiguo, iba á reducirlo á cenizas. Casto, triste, llevaba en sí todas las virtudes humanas para derramarlas en la tierra y sobre sí todos los crímenes para espiarlos en su persona. Sus lábios solo se abrían para bendecir, su corazón solo palpitaba para amar. Huía del poderoso é iba en pos del pobre y del humilde. Vencía á los fuertes y exaltaba á los débiles. Llamaba raza de víboras á los señores del templo, y acogía á los niños y conversaba con las mujeres del pueblo. Una sed infinita de amor le poseía. Buscaba á todos los descarriados para enderezarlos á su salvación; á todos los doloridos para enseñarles el consuelo; á

todos los ignorantes para abrir sus ojos á la luz. Anhelaba morir por el hombre para sellar su amor con el purísimo sello de su sangre.

Y aquel hombre era Dios. ¡Ah! Había sacado de la nada la tierra, y la tierra no le conoció; su soplo había infundido vida á los elementos, y le azotaron los elementos; había derramado las claras aguas sobre la tierra, y tuvo sed; había creado todos los séres que bajo el cielo se mueven, y tuvo hambre; la creacion, su hechura, le negó un asilo; el hombre, su imágen, le negó hasta la compasion; el creador de toda vida, murió de la muerte de los últimos criminales en afrentoso suplicio. Pero su muerte fué la vida del mundo.

Herido Jesús, los discípulos se dispersaron. Portadores de una nueva idea, que excedía á todo lo humano, doblaban la frente bajo su inmensa pesadumbre, y se atemorizaban de la riqueza de su gran depósito. Los vientos de todas las pasiones se levantaban confusamente entre ellos; la persecucion iba á caer sobre los defensores de una nueva idea. El mundo opone la fuerza al derecho, sus preocupaciones á la verdad, sus hábitos al

bien. Cuesta muchas lágrimas y mucha sangre desarraigar estos hábitos y estas preocupaciones. Así, al verse solos, se sintieron débiles, y temblaron. Dios los alentó dándoles inspiracion de apóstoles y fortaleza de mártires.

A la cabeza del apostolado se encontraba San Pedro. Dios le había escogido para fundar la Iglesia sobre sus hombros. En su espíritu, la tradicion antigua, el respeto á la ley mosaica, habían echado hondas raíces. Sacerdote de un nuevo culto, apóstol de una nueva religion, habitante de un mundo rejuvenecido, no se atrevia, sin embargo, á separarse del Arca santa que contenia los antiguos dogmas, y la custodiaba como premisa y fuente de la buena nueva. Así, desde el principio de los tiempos cristianos, se vé maravillosamente representada en él la autoridad, la tradicion, inspirada de un santo respeto por todo lo antiguo, como preludio de la gran institucion del pontificado que va á inaugurar en la historia.

El espíritu de San Pedro necesitaba al par un espíritu renovador, más tribuno que él, y este espíritu propagador, amigo de la lucha, que vo-

laba por todos los horizontes, que abría las puertas del santuario á todas las gentes, que hablaba el lenguaje exaltado de la caridad y del amor, que encendía en las llamas de su elocuencia todas las almas; este gran espíritu guerrero, que en su elocuencia consumía las viejas ideas y acrisolaba la nueva, era San Pablo.

En el gran drama de la revolucion cristiana y de su propaganda por el orbe, Pedro representa el papel de depositario, Pablo el de batallador; el uno es prudente, el otro arrojado; el uno pone los ojos en lo pasado, el otro en lo porvenir; el uno invoca la sancion del tiempo, el otro la sancion del triunfo; San Pedro recoge fielmente la verdad, y se detiene al pié de los altares mosáicos; San Pablo la recoge tambien y la lleva á los pórticos de los templos griegos; es el uno como el anciano, es el otro como el jóven. El árbol del Cristianismo necesitaba de esta doble sávia; el uno con su ardor hacia brotar el pan de vida, y el otro le conservaba con su autoridad. La propagacion del Cristianismo sin San Pedro, hubiera sido lenta, pero sin San Pablo hubiera sido insegura.

Esta obra maravillosa, la más grande que ha presenciado la historia, encontró obstáculos en el mundo. Fué el primero el materialismo, que, como asquerosa lepra, cubria al pueblo escogido. Envilecidos por la esclavitud los judíos, no podían consagrarse á un Dios, sujeto á la pobreza y á la muerte; no podían creer en apóstoles humildes, desgraciados y hambrientos; no entendían de amor, de compasion, sino de poder y de fuerza; amaban el brillo del oro; no confiaban en una doctrina, que descendía del cielo desarmada, y que sólo contaba con su palabra para embotar el hierro de las legiones romanas. Ellos creían que Dios descendería á la tierra inundado de luz, precedido del trueno, armado del rayo, ceñido con los resplandores de su poder; que miraría á los judíos para levantarlos al dominio universal de la tierra, y que con su soplo convertiría en humo á los tiranos de su pueblo. No podían, pues, creer en Jesucristo. Así es que al ver los cristianos entrando en su templo, los rechazaron horrorizados, los redujeron á prision y condenaron á muchos á muerte. El pueblo judío, que hubiera podido

ser el prólogo del nuevo mundo, se contentó con ser el epílogo del Oriente. La Iglesia se apartó de la Sinagoga; la ley de Jesús buscó un nuevo templo.

No hubo remedio; la ciudad antigua se arruinó bajo el peso de sus señores y en castigo de sus crímenes. Cumpliéronse despues de algun tiempo las terribles visiones de Jeremías. Cayeron los muros de Jerusalem, y sus piedras se dispersaron como polvo. Sus hijos fueron pasados á cuchillo, y no encontraron ni sepultura en la tierra. Las vírgenes fueron violadas al pié de los altares, y los pequeñuelos sirvieron de alimento á sus madres. No quedó piedra sobre piedra en la ciudad, ni en el templo ni en el santuario. Los dispersos huyeron de la tierra de sus padres, buscando en las chozas de las fieras el asilo que les negaba la compasion de los hombres. Diez y ocho siglos han pasado despues de esta gran catástrofe, y aun no han vuelto á levantar su templo ni á reunirse en el hogar de sus padres. La constante catarata del tiempo no ha podido borrar la marca de la esclavitud en su frente. Así se

pagan los vicios de la corrupcion y del materialismo.

Mientras los judíos pagaban así su ceguera, los cristianos difundian la verdad por todos los ámbitos de la tierra. La Iglesia cristiana tomaba en sus manos los dos últimos eslabones de la gran cadena de los pueblos antiguos, el Asia y Roma. En el pueblo que engendró la idea de la hermosura, y entre los despojos de todas las artes, se alzaba tambien como un hermoso trofeo del triunfo de la verdad, la Iglesia de Cristo. Así la buena nueva se difundia por la cuna de las religiones, que es Asia; por la depositaria del arte, que es Grecia, y por la propagadora del derecho, que es Roma. El Cristianismo llevaba en sí tambien regenerada la trinidad de estas ideas.

Las costumbres de los primeros cristianos parecian resucitar los tiempos del Paraiso. Vivian todos en una misma vida como si solo tuvieran un alma. Todos los lábios invocaban un mismo Dios, todos los pechos exalaban un mismo cántico, todos los corazones latian animados por un mismo amor, todos tenian unos mismos temores,

y gozaban de unas mismas esperanzas. Vestían siempre de blanco en señal de la pureza del alma. Sólo comían una vez al día á la hora de ponerse el sol. Los jóvenes no bebían vino. La persecución les obligaba á ciertos misterios de que se aprovecharon para denostarlos y maldecirlos sus crueles perseguidores. La pureza de alma se apercibía á recibir á Dios en el secreto asilo de la conciencia, donde tenía un santuario más propicio á sus ojos que el antiguo áureo tabernáculo.

Estas piadosas costumbres ceñían de una nueva aureola á la mujer. El Cristianismo aumentó la personalidad humana en la familia. Complemento del hombre debía ser una con él, idéntica siempre á sí mismo, inmortal como el alma. Por eso hizo insoluble el matrimonio. La mujer es el sonrosado fondo del cuadro de la familia, la luz que lo entona y que lo anima. Los más grandes sentimientos fueron confiados en la sociedad cristiana á la mujer, que ha nacido para endulzar las tristes asperezas de la vida, como hija, como esposa, como madre. Las mujeres son admitidas en

las asambleas cristianas. Se las dió también cierto carácter sacerdotal. Podían ser elevadas á la dignidad de diaconisas, si habían ejercido todas las virtudes cristianas, si habían dispensado hospitalidad á los viajeros, socorros á los pobres, remedios á los enfermos, y la palabra divina á los ignorantes. Así la mujer se exaltó y fué más sensible que el hombre y más sufrida en la gran epopeya del martirologio cristiano. Compañera inseparable de todos los desgraciados; más débil que el hombre para pelear, pero más fuerte y valerosa para sufrir; comprendiendo todos los dolores y adivinando todos los peligros, la mujer, en la sociedad cristiana, era la imágen viva del consuelo, la encarnación misteriosa de la Providencia: aceptaba todos los sacrificios más grandes, todos los ministerios más penosos; vivía á la cabecera del enfermo, á la puerta de la cabaña del pobre; guardaba los vasos sagrados, chupaba la sangre de las heridas de los mártires, ó en la callada noche recogía sus cenizas; endulzaba con sus oraciones, y hasta con su hermosura, todas las grandes adversidades; y cuando le llegaba la

hora del sufrimiento, cuando los perseguidores de su religion las apercibian para el cadalso, se encaminaban con seguro paso á la muerte, se sonreian en el tormento, en medio de las llamas miraban con ojos compasivos á sus verdugos, oraban por ellos, y cuando parecia que les faltaba aliento, alzaban un cántico de triunfo, que como su alma desprendida del polvo de la tierra, se perdía en el cielo.

La Iglesia trabajada por las persecuciones de los judíos y de los paganos, sentíase dentro de sí misma combatida por la duda y el error que envenenaban su infancia y rodeaban de viboras su cuna de flores. Un profundo pensador de la Iglesia comprendió que esta lucha de la verdad con el error, del bien con el mal, era necesaria para acrisolar más y más el dogma. *Oportet enim hæreses esses*. Las primeras heregías nacieron de dos fuentes distintas, de la religion de que emanaba el Evangelio, y de la religion que lo recibía; es decir, del pensamiento de los hebreos y del pensamiento de los paganos. Los hereges judios se llamaban Ebionitas y Nazarenos. Querian que el

Evangelio fuese como apéndice de la Biblia. No podian convenir en que los nuevos libros, escritos por las manos de pobres pescadores, que ellos habian tocado con sus manos, pudiesen igualar en grandeza y en autoridad á los libros antiguos escritos por reyes, por profetas, que se habian inspirado en el seno de los desiertos, á orillas del Cedron, en la cumbre del Carmelo, bajo los cedros del Libano, agitados por el soplo de Dios.

Levantábanse airados contra la doctrina de San Pablo, y contra aquel su amor inmenso que abrasaba con sus llamas toda la humanidad. Acostumbrados al sentido estrecho de la tradicion judáica, no podian convenir de ninguna suerte en que su herencia, su Mesías, su prometido, fuera en pós de las otras naciones, se aposentára en su seno, y recibiera culto en aquellos sus maldecidos templos. Su espíritu encerrado en la corteza de la idea antigua, no se habia abierto al beso de la buena nueva, no se habia fecundado con el rayo del sol que descendía del cielo, y pegado como el pólipa á la piedra del hogar, nada alcanzaba de aquel Dios que tenia por hijos todos los hom-

bres y por altar toda la tierra. Este Dios cosmopolita, pareciale que iba á extinguir en manos de los judíos el fuego del sacrificio, y á borrar de su pecho la dignidad privativa del sacerdocio.

Los ebionitas estaban, pues, fuertemente ape- gados á la tradicion mosáica. No tenian más re- lacion con los cristianos, que el creer en la gran- deza de la mision de Jesucristo. Mas reconocido esto, no dejaban que fuese completada ni en un ápice la antigua ley. Así denostaban á San Pa- blo, y le tenian por enemigo de Dios, por apósta- ta, que habia abandonado la verdad antigua por la buena nueva falta de la sancion del tiempo. Eran los ebionitas como esos hombres que mi- ran siempre á lo pasado, que gustan de respirar el aire mefítico de las tumbas, que toman el fos- fórico fuego fátuo, producto de la descomposicion de los cadáveres, por la eterna luz de la verdad y de la ciencia. Además de los ebionitas existian los nazarenos.

El más célebre entre los hereges judíos es in- dudablemente Cerintho. Por su alma han cruza- do, como rayos rotos de luz ó como sombras in-

ciertas y dudosas, casi todas las ideas de la anti- güedad; así cree en un sér infinito, inmenso, desterrado en el limite de los mundos, sin rela- cion ni lazo alguno con la tierra; en las emana- ciones que, descendiendo como una catarata in- mensa del seno de Dios, van llenando de mun- dos, de séres, los abismos de la nada; en la creacion de la tierra, mas no por el Ser Supre- mo, que fuera indigna de su grandeza tan peque- ña fábrica, sino por un ángel que ha cobijado bajo sus alas esta mansion del hombre; en la grandeza de Jesús, en el Logos de Platon, que descendiendo en forma de blanca paloma sobre la frente del Mesias, depositó en su pensamiento la imágen del padre antes desconocida; y de esta suerte une Cerintho en su alma, estraviada entre tantos diversos senderos como se habrian á la ac- tividad humana, fragmentos de casi todas las doc- trinas que en aquella sazón tenian algun dominio en el espíritu del hombre. Así el judaismo, á pe- sar de no haber transigido con ninguna doctrina, absorbía por todos sus poros las ideas de aquel siglo.

Los hereges paganos se llamaban dosetistas y nicoastas. En ódio al antroporfismo griego, habían llegado los primeros á poner en duda y hasta negar la humanidad de Jesucristo. Creían que su cuerpo no era tal, sino una apariencia, una forma semejante á lo engañoso, de que se vestían las antiguas divinidades griegas. Esta heregía destrozaba la más pura y más grande de las creencias cristianas, la pasión y la muerte del hijo del hombre, y tornaban ilusoria su grande, su maravillosa obra.

Todos estos errores provenían de la mezcla del Cristianismo primitivo y de los primitivos cristianos con las escuelas griegas y orientales que poblaban el mundo. No creer en el cuerpo de Jesús era no creer en su encarnación; no creer en la encarnación era pulverizar el dogma fundamental de la doctrina cristiana. Así los apóstoles combatieron con perseverancia, con zelo, con calor esta doctrina que desceñía á Cristo de la vestidura de su humanidad, y que reducía el Evangelio á una fábula pagana.

Los nicolaitas, que eran otra rama de estas

heregías, unían gran parte de las verdades cristianas con las doctrinas de los gnósticos. La risueña imaginación de Grecia, ese pueblo artista, que ha sido el gran poeta de la historia, no se resigna fácilmente á tomar la verdad en toda su pureza, y la orna con fábulas. El Cristianismo, además de la verdad, reúne la hermosura; pero su misma grandeza, sobrepujando á la imaginación de aquellos pueblos, era parte á que no fuera comprendida en toda su esencia ni abarcada en toda su magnitud. Creían recibir mejor la buena nueva alojándola en sus templos, perfumando su urna con el aroma del mirto y del azahar, ofreciéndoles las rosas de sus valles ornadas con la gota de rocío que en sus hojas había llorado la aurora; los cantos de sus primitivos poetas, dulces como el rumor de la brisa en la enramada; los recuerdos de sus antiguas fábulas adornadas por generaciones de artistas; las ideas de sus sabios, blancas mariposas nacidas entre los aromas de la Ática y la Thesalia; las perlas de aquellos mares siempre alegres y risueños, cuna de tantos dioses; el espíritu y el arte de la antigua Grecia.

El alma se aparta difícilmente de sus creencias. Se pega á ellas como la abeja á las flores, entre cuyos aromas ha nacido. Y así á los neófitos griegos, al ceñir su blanca túnica, se les debia aparecer en confusión el recuerdo de sus lares, y al par del sereno cántico de la Iglesia, que resonaba en su conciencia, debia resonar en su corazón los cánticos de sus rientes y hermosos cultos, que los habian sonreido en la cuna, y habian hermozeado los dias más queridos de la vida. Esta invocacion se echa de ver en las numerosísimas sectas que pedian inspiracion á la moribunda y apagada voz del paganismo, y esta indecision es causa de muchas heregias.

Mas á pesar de estas incertidumbres, el Cristianismo iba conquistando el espíritu de las gentes. Desde el Evangelio de San Mateo hasta el Evangelio de San Juan, se nota una série de triunfo y de conquistas que van cimentando sobre sólidos fundamentos la verdad cristiana. San Mateo es, como San Pedro, el Evangelista que está más cerca de la Sinagoga. En su página se echa de ver que ha escrito á la sombra de los antiguos

templos, que ha pedido inspiracion á la fuente misteriosa, donde bebian sus ideas los antiguos profetas, que ha perfumado sus páginas en las rosas de Jericó, y por todas ellas, escritas en la divina lengua de los hebreos, se ve cruzar la sombra majestuosa del pueblo escogido como si fuera su última aparicion en la historia. La hermosa figura de San Juan Evangelista corona como una estatua los tiempos apostólicos y su alma es como el último y el más luminoso destello del alma de los discípulos de Jesucristo. Él vió á Jesús maniatado destilando sangre de su cuerpo, bebiendo hiel y vinagre, espirando en la cruz, y él le vió tambien aclamado por el mundo, recibido como Dios por los discípulos de Platon, adorado en las orillas del mar Egeo, seguido por todos los pueblos, reinando ya en la conciencia del hombre. Él vió al Salvador negado por unos, abofeteado por otros, escupido por el pueblo, coronado de espinas en el Gólgota; y le vió tambien exaltado por las ideas de los más grandes sábios, y vió que las doctrinas de Sócrates, la elocuencia de Platon, no habian hecho más que

presentir su advenimiento al mundo. Así el apóstol querido, después de haber batallado en Oriente, no con las armas de la fuerza, sino con su hermosa palabra, después de haber teñido el Evangelio con la luz purísima de su alma, al levantarse triunfante la verdad en Grecia, espira gozando de una eterna juventud, sereno como lo ha pintado el pincel cristiano, con las manos puestas en sus labios y los ojos en el cielo, pronunciando la palabra amor en los oídos de sus discípulos y subiendo al cielo dulcemente como la paloma, que después de la tempestad, vuelve sin una mancha en sus alas á reposar tranquila en su nido. Así se extendió como árbol frondoso la verdad cristiana sobre la tierra.

DISCURSO

SOBRE LOS CARACTERES CAPITALES DE LA EDAD MEDIA
EN ESPAÑA Y EN EL RESTO DE EUROPA.

I.

SEÑORES: La vida humana se desarrolla dentro de este planeta que habitamos, primero en la naturaleza, después en la naturaleza y en la sociedad donde adquiere toda su plenitud. El hombre fuera de la sociedad es un ente de razas, un sér imaginario como el hombre fuera de la naturaleza. Hemos nacido sociales, como hemos nacido extensos. Tenemos el espacio para nuestra extensión, y la sociedad para nuestros afectos.

Y esta sociedad tiene sus leyes, como el mundo mineral su crecimiento por superposición de